

Un intento de aplicar la hermenéutica de Gadamer al diálogo (¿posible?) entre patriarcado y feminismo.

Flavia A. Limone Reina

www.sexoygenero.org/hermeneuticafyp.htm

Este artículo es un intento por aplicar los conceptos fundamentales de la hermenéutica gadameriana a un diálogo que, siguiendo a Gadamer, debiera ser posible entre dos tradiciones muy diferentes que coexisten en la actualidad: el patriarcado y el feminismo. Su origen fue un trabajo de fin de asignatura en el marco de los cursos del Doctorado en Psicología Social Crítica, si mal no recuerdo, en el año 2000. La actual versión es una revisión hecha para esta página web en octubre de 2005.

Entiendo por patriarcado el macro nivel del Sistema sexo/género (S.s./g.). Propongo, por tanto, una somera revisión de este sistema antes de centrarme en el tema que nos ocupa.

El término S. s./g., fue propuesto por Rubin (1975) que los define (potencialmente, al menos, habría más que el S. s./g. patriarcal, por esto el plural) como “un conjunto de disposiciones por el cual la materia prima biológica del sexo y la procreación humana son conformadas por la intervención humana y social y satisfechas en una forma convencional, por extrañas que sean algunas de las convenciones” (Rubin en Lamas, M., 2003:94).

Este conjunto de disposiciones, propongo, puede analizarse considerando tres subconjuntos o niveles en que el S.s/g. se manifiesta y que están en estrecha interrelación influyéndose mutuamente. A saber:

El machismo, que entiendo como un (conjunto de) comportamiento(s) en que las actitudes, acciones y discursos son congruentes con un sistema social en que hombres y mujeres forman dos grupos desiguales(i[i]). Cada grupo constituye un género polar y complementario del otro y ambos están jerárquicamente organizados de tal manera que los hombres son quienes detentan el poder y las mujeres son subordinadas. Esta jerarquía es causa y consecuencia de la valoración que se hace de las características asignadas a cada género y las capacidades que estas confieren a cada uno. En resumen, el machismo es un conjunto de comportamientos coherentes con el S.s/g patriarcal y que constituye su micro nivel.

El sexismo, que es el “Conjunto de todos y cada uno de los métodos empleados en el seno del patriarcado para poder mantener la situación de inferioridad, subordinación y explotación del sexo dominado: el femenino.” (Sau, 2000: 257). En otras palabras, si el machismo es comportamiento; el sexismo es método, estrategia. Es por esta misma razón que, en mi propuesta, el machismo se vincula a las relaciones (inter)personales cotidianas menos explícitamente reguladas y el sexismo con lo institucional. Aquí, en las instituciones, es donde suelen formularse, implícita o explícitamente, los “reglamentos de funcionamiento del S.s/g.”. Se trata pues, del meso nivel del sistema y, en el sentido histórico, probablemente sea su nivel instaurador. (Cucchiari,1996; Vendrell Ferré, 2003).

El patriarcado, en esta propuesta teórica, propongo definirlo como el imaginario social, el conjunto de creencias que, dando lugar a “verdades rectoras”, nutre tanto al sexismo como al machismo (y que es reforzado y sostenido por las acciones que en ellos se producen como si se tratara de un magma de sedimentación). Es decir, se trata del nivel más macro, abstracto y simbólico de sistema con un alto componente ideológico.

El feminismo, de acuerdo a Victoria Sau (2000:121) “es un movimiento social y político (...) que supone la toma de conciencia de las mujeres como grupo o colectivo humano, de la opresión, dominación y explotación de que han sido y son objeto por parte del colectivo de varones en el seno del patriarcado bajo sus distintas fases históricas de modelo de producción, lo cual las mueve a la acción para la liberación de su sexo con todas las transformaciones de la sociedad que aquélla requiera.” Es decir, el feminismo es un movimiento social de las mujeres que pretende mejoras en los derechos sean estos legales o de costumbres. Es, por lo tanto, también una propuesta ideológica.

¿Cómo podrían comprenderse estas dos tradiciones si la presencia de una niega la posibilidad de ser de la otra? ¿Cómo podrían dialogar dos tradiciones así de opuestas? ¿Es posible este diálogo? Revisaré los conceptos básicos de la hermenéutica gadameriana intentando encontrar respuesta a estas preguntas.

Dialogando con el patriarcado

Dentro de la hermenéutica gadameriana, que se entiende como el arte de interpretar, es necesario partir posicionándose como hermeneuta que intenta la comprensión de un texto –en este caso, los múltiples “textos”- sin desconocer los propios prejuicios (considerados desde aquí no con cariz negativo sino como juicios de carácter previo basados en los propios conocimientos) que provienen de la tradición en la que nos ubicamos. En este caso particular, la posición será de una feminista socio-construccionista que, reconociendo sus prejuicios intenta comprender el patriarcado. Es decir, intentaré escapar del “ingenuo historicismo objetivista” que pretende lograr la objetividad histórica poniéndose en la perspectiva de la tradición que se intenta comprender y desconociendo la situación temporal y contextual del intérprete.

Si para Gadamer la conciencia histórica es “el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones” (Gadamer 2000:41), la consecuencia de esta definición deviene, como él mismo lo plantea, en comprender una multiplicidad de puntos de vista relativos. Así, la interpretación resulta de una actitud de la conciencia histórica que reflexiona sobre la voz que le viene del pasado y, sitúandola en su contexto, observa su significado y valor relativo. De acuerdo a Gadamer (1999), esta interpretación se hace necesaria cuando el significado de un texto –o de cualquier construcción histórica- no se comprende en un primer momento. Es, entonces, una reflexión explícita sobre las condiciones que hacen que lo interpretado tenga tal o cual significado. Esta es la situación en que me encuentro movida por intereses de investigación y políticos. Frente al patriarcado mi primera reacción es de incompreensión y molestia, es necesario, por lo tanto, reflexionar haciendo uso de la conciencia histórica para comprender el valor del patriarcado dentro de la tradición en que se encuentra. Para llevar a cabo esta tarea es importante contar

con la distancia temporal que permitirá distinguir entre “prejuicios que oscurecen” y “prejuicios que aclaran”.

Hay variadas teorías que explican el origen del patriarcado, sin embargo, todas parecen tener en común la relevancia del factor “control”. Los hombres, ya sea porque aparece la vida sedentaria y con ella la propiedad privada, porque surge la noción de derecho, porque descubren que participan en la fecundación o por cualquier otra razón (o combinación de éstas), necesitan controlar la fertilidad femenina y asegurarse de que los hijos (que son un bien económico en una sociedad que requiere de mano de obra) les sean propios; necesitan controlar la sexualidad femenina y obtener obediencia. Este podría ser el inicio de nuestra aplicación del círculo hermeneúico, ya que este se entiende como una dialéctica entre la adivinación del sentido del todo y su explicación posterior por las partes. Es decir, siguiendo a Gadamer, intentamos anticipar el sentido del patriarcado por medio de la comprensión de ciertas partes que nos resultan más claras –por ejemplo, la necesidad de control-, pero sólo podemos atribuir el sentido exacto de esas partes una vez que se haya logrado comprender el todo, el sentido completo del patriarcado. Así, pues, intuyo que la ideología patriarcal, más que basarse en el sentido de superioridad tantas veces atribuido a ella –y que sin duda es parte integral de la misma en la actualidad- se desarrolla a partir de la emoción del temor; el miedo al poder femenino de dar y negar la vida y en los valores de posesión y control sobre ese poder. Se generan las estrategias para ese control y las categorizaciones en masculino y femenino, instaurando así el sexismo y comienzan a derivarse las “verdades rectoras” del S. s./g. patriarcal, la ideología patriarcal; en breves palabras, el patriarcado.

En la actualidad, el patriarcado no está en condiciones de dialogar con el feminismo puesto que se siente amenazado por este (y lo está). Un diálogo tiene su realización originaria en preguntar y responder (Gadamer 1999). Sin embargo, podemos intentar comprenderlo por medio de dialogar con él planteándole preguntas y tratando de “oir” las respuestas que su tradición ofrece. De acuerdo a Gadamer “el fenómeno hermeneúico encierra en sí el carácter original de la conversación y la estructura de pregunta y respuesta” (Gadamer 1999: 447). Así, pues, al plantearle al patriarcado la pregunta de por qué las mujeres deben estar sometidas a los hombres, he “oido” como respuesta: “porque tenemos que controlar su capacidad de fecundar, su sexualidad como fuente de su poder; porque nos amenaza en nuestra supervivencia el que ellas tengan el control de sus cuerpos y decidan sí o no nos darán hijos e hijas, de quién serán, a quienes servirán.” Es por esto que el patriarcado no sólo controla a las mujeres, sino también a sus descendientes que, si son mujeres serán educadas para esta obediencia y si son hombres serán educados para ejercer el poder; si no lo hacen serán castigados por ser “menos hombres” como ellas por poner en peligro el sistema.

“Comprender lo que alguien dice es, como ya hemos visto, ponerse de acuerdo en la cosa, no ponerse en el lugar del otro y reproducir sus vivencias” (Gadamer 1999: 461). Sin embargo, resulta más que difícil “ponerse de acuerdo en la cosa” respecto del patriarcado por cuanto este no reconoce su intención de control, sino que argumenta que “es natural” (léase congénito/biológico o proveniente del orden divino, esencial a lo humano) el orden jerárquico de los sexos. Dentro del absolutismo del que proviene, el patriarcado niega la posibilidad de evaluar las respuestas del feminismo en su contexto y valorarlas relativizándolas como pertenecientes a una cultura y tiempo determinados (a una tradición) pero, aún con más fuerza, se niega a verse a sí mismo como una

tradición cultural, sino que se observa como el orden natural contra el que se opone una intención de “desorden” y “desobediencia”. Es un efecto derivado de la hegemonía. Sirviéndose del positivismo ha “demostrado” de todas las formas posibles –dentro de ese paradigma- que las mujeres somos “naturalmente” inferiores o, por lo menos, diferentes de los hombres. (Recuérdense las, no muy lejanas, mediciones de la masa encefálica de ambos sexos). Diferencias que no resultan en absoluto ingenuas puesto que cuanto se asocia a lo “naturalmente femenino” es lo mismo que se asocia a aspectos infravalorados, o incluso negativos, del ser humano. Sólo para mostrar dos ejemplos, para Montecinos (1998) las "virtudes" consideradas típicamente femeninas (como fidelidad y abnegación) son hoy consideradas como símbolos de la subordinación; de acuerdo a Bosch, Ferrer y Gili las características de la depresión (“patología”) son: dependencia, pasividad, falta de firmeza o asertividad, gran necesidad de apoyo afectivo, baja autoestima o indefensión e incompetencia. Luego comparan estos síntomas con el estereotipo patriarcal de femineidad y masculinidad y los resultado son los siguientes:

Femineidad	Masculinidad
-Dependencia	-Autonomía
-Pasividad	-Actividad
-Falta de firmeza o asertividad	-Asertividad y agresividad
-Gran necesidad de apoyo afectivo	-Capacidad de aceptar riesgos y tomar decisiones
-Desarrollo de baja autoestima e indefensión	-Desarrollo de alta autoestima y seguridad
-Incompetencia	-Competencia

Es decir, lo femenino resulta ser, por naturaleza, depresivo.

Interpretación y comprensión de un texto consecuente del patriarcado (es decir, machista).

Intentaré mostrar esto por medio de un texto específico al que aplicaré la hermenéutica gadameriana para interpretarlo. Es decir, entraré en diálogo con un texto representativo de la ideología patriarcal, aún cuando en el mismo texto observemos poca o nula intención de dialogar con el feminismo, entendido este diálogo como lo entiende Gadamer: la conversación, por medio de preguntas y respuestas, evaluando los propios prejuicios a la luz de la tradición que se observa. Es evidente, en el texto citado a continuación, que no hay intención de interpretar y comprender el feminismo sino de descalificarlo.

(He numerado los párrafos para hacer más fácil la interpretación y comprensión del texto)

1. “Las feministas, últimas llegadas al dudoso banquete de las ideologías y otros «ismos», han satisfecho aquella demanda ingenua de Italo Svevo cuando apuntó que la mujer verdaderamente original sería la primera que imitara a un hombre. Para nuestra y su desgracia, ya lo han hecho y con creces. La peor de las imitaciones: constitución de un movimiento ideológico, esto es, algo lo

suficientemente confuso como para que nadie sepa de qué se trata y todos se sientan unidos en la causa común de un inmenso vacío.

2. Las ideologías suelen caracterizarse por desarrollar un cierto gusto hacia el culto a santones, patriarcas (matriarcas, en este caso) y padres o madres fundadores(as) del avasallador movimiento. En el caso del feminismo, no parece haber muchas dudas: la madre-fundadora fue, es y seguirá siendo la eterna y plúmbea Simone de Beauvoir, también conocida por las malas lenguas francesas como «la Grande Sartreuse». El acta de fundación o primera piedra quedó expuesta con aquella frasecita con la que se inicia la inevitable Biblia: «No se nace mujer; se deviene mujer...». Pero lo que seguía aún era peor: «ningún destino biológico, psíquico, económico define a la figura que, en el seno de la sociedad, caracteriza a la hembra humana...». Es decir, un enfrentamiento bien parisino (luego, falso y superficial) entre biología y cultura. Que conste que fue Beauvoir la que introdujo esa referencia al «destino biológico». Porque da la casualidad de que si algo está establecido y bien establecido en la biología es: primero, la perfecta e inexorable distribución de la especie en géneros con una muy específica función; segundo, que si acaso hay que hablar de un sexo básico, primigenio, del que se deriva el otro, tal papel le corresponde al sexo femenino, pues el masculino es la consecuencia de agregar un cromosoma (Y) a la original femineidad genética. Es decir: que la mujer es mujer de suyo, mientras que el macho sólo es tal por represión endocrina del otro sexo. De modo que basta de seguir hablando de «segundo sexo», puesto que más bien sería el primerísimo, así como basta de seguir hablando las necesidades freudianas aquellas de «envidia del pene» y otras privaciones y deseos. Los que en verdad se hacen o devienen (para emplear el vocabulario de Madame de Beauvoir) son los machos. La mujer nace mujer, mal que le pese a la suma sacerdotisa del primer feminismo.
3. Además, ¿qué diablos quiso decir con eso de «hacerse (devenir) mujer»? Lo de «ser mujer» es definitivo; lo otro («hacerse», «devenir», «convertirse en») sería modificable. Esto es, destino frente a vocación, pues es obvio que no todos son curas ni todos los curas lo son siempre. Ahora bien, sucede que aún no se ha llegado al punto de abandonar la femenina condición como se abandona la de plomero o violinista. Imaginemos el siguiente diálogo ¿femenino?:
4. —«¿Qué vas a hacer este año?»
5. —«¿No sé muy bien, a lo mejor me hago mujer...»
6. Pero no todo es culpa de la Beauvoir y su simplista y metafísica (y sartriana, todo hay que decirlo) visión anticientífica del ser humano. Ella se limitó a poner en marcha un movimiento y a dotarlo de un libro sagrado; que no es poco, aunque tampoco sobrepasa los límites de lo habitual en estos casos. Lo que ha salido de ahí merece que se le eche una mirada. A ver si es posible entender algo.
7. Eso del «feminismo» sólo podrá ser o una doctrina, con visos de verdad intrínseca, o una ideología, esto es, propaganda de agitación para algo. Sólo que sucede que si «feminismo» y «machismo» (se supone que el opuesto) fueran doctrinas, la segunda, el «machismo», es la única que podría fundamentarse en

la ciencia y reclamarse de ella; no así la primera, el «feminismo». Puede haber un «machismo científico», es decir, aquella doctrina que parte del hecho diferenciador y establecido de dos sexos dedicados a cumplir la función biológica de la reproducción mediante el mecanismo de la selección sexual, que supone, entre otras cosas, la consagración de tendencias poligámicas en el macho para un mejor cumplimiento de aquella función. O dicho de otro modo: atendiendo a la ciencia, la visión de las relaciones entre los sexos es una visión decididamente machista.

8. Parece que no le queda al feminismo sino proclamarse «ideología», lo que muy sabia o instintivamente no dejó de hacer desde sus comienzos, huyendo de la referencia científica (vuélvase a la Beauvoir) como del diablo. Por ser tal ideología se sitúa con toda propiedad en esa zona turbulenta de actitudes poco o nada racionales, cargadas de sentimientos, creencias, deseos y voliciones. Pese a todo, puede hacerse el esfuerzo racional de tratar de averiguar qué hay detrás de las posiciones gesticulantes de la ideología feminista.
9. Pudiera abrirse una doble posibilidad, a la hora de atribuirse argumentos. O bien las relaciones hombre/mujer llegan a ser idealmente neutras, sin necesidad de predominio alguno que justifique la respectiva ideología para mantener la dominación (por ejemplo, hasta ahora la machista); o bien se dan tales relaciones bajo la forma de abuso de uno por el otro sexo. Y a su vez, si lo segundo, o bien ese predominio es producto de alguna conspiración (o cualquier otro recurso político-social), o bien es consecuencia natural de alguna desigualdad biológica. En resumen que, mírese como se mire, el feminismo se enfrenta a estas tres excluyentes opciones: 1) o propone una utopía: la indiferencia sexual, sin predominio de ninguno de los sexos, algo así como las relaciones que al parecer hay entre las ocas; 2) o propone una revolución (otra utopía): derrocar un sistema de opresión para sustituirlo por probablemente otro, pero de signo opuesto; y 3) o reconoce un hecho biológico: la diferenciación sexual y la competitividad reproductiva.
10. Ahora bien, en ninguna de las dos primeras opciones tiene cabida para nada la ciencia. Y justamente allí en donde la ciencia puede decir algo, sólo queda la tercera opción, a la que inevitablemente habría que calificar de «machista». Con lo que no es difícil ver que, en efecto, han imitado al hombre, como pedía el bueno de Svevo, y lo han imitado a la perfección, pues «feminismo» es equivalente a vulgar movimiento político, condenado como tal a vivir entre la denuncia de un orden aborrecido (en este caso, el orden biológico) y la gritería de las promesas revolucionarias.
11. ¿Quién sabe? A lo mejor, ellas también algún día toman el poder para que, como en La Gattaparda, todo siga igual.”

Juan Nuño en La BitBlioteca

www.analitica.com/bitblioteca/juannuno/feminismo.asp

Antes de proceder a la interpretación y comprensión del texto debemos recordar que en este ejercicio se deberá poner en juego el “sensus communis” que, de acuerdo a Gadamer, determina la forma de trabajo de las ciencias del espíritu. Este se basa en la capacidad

de juicio, es decir, la capacidad de conocer lo aislado y que en ello no se juzgue la generalidad sino la cosa misma. Es así que este ejercicio interpretativo es válido sólo sobre el texto que se analiza y no se puede, a partir de él, generalizar sobre todo el patriarcado, dado que no se concluyen reglas como se podría hacer en las ciencias naturales (que, sin embargo, no olvidemos, también requieren de la hermeneútica).

Abramos, entonces el diálogo con el texto:

- ¿Qué es el feminismo?

El texto considera el feminismo como ideología [1, 8] en tanto que, dada su caracterización del término, entiende esta última como “falsa creencia” (visión, por lo demás, dominante del concepto de ideología). Se asocian a las ideologías y, por lo tanto al feminismo como una de ellas, la confusión [1], el culto a figuras destacadas de la misma [2], el ser avasalladoras [2], la propaganda de agitación [7], la renuncia a la ciencia [6, 8], la carencia de racionalidad [8], la sobrecarga de sentimientos, creencias, deseos y voliciones (considerándose esto como algo negativo en comparación a lo que podría ser “la sobrecarga de razón”) [8]. El feminismo es, además, supuestamente, lo opuesto al machismo [7].

- ¿Cuál es, en esta ideología, la figura de culto y cuáles sus principios?

“La eterna y plúmbea Simone de Beauvoir” [2] con quien el texto no simpatiza como se hace evidente al considerarla “pesada como el plomo”, reconocerla como “la Grande Sartreuse” [2], ironizar sobre su “frasecita” [2], o llamarla “suma sacerdotiza” [2].

Sus principios, nos dice el texto, son errados por cuanto enfrenta falsa y superficialmente, biología y cultura [2]. El enfrentamiento es falso por cuanto está establecido en la biología (que sí es ciencia [7, 8, 9 10]) que la especie se distribuye en dos géneros [2, 7, 9] y que el sexo primario es el femenino [2]. Así, la mujer no deviene mujer, sino que nace mujer y sólo el hombre deviene hombre [2].

Otro de los errores en los principios de la Beauvoir está en enfrentar destino y vocación y pretender que ser mujer es lo segundo y no lo primero [3]. No se puede abandonar la condición de mujer, afirma el texto, como si de una vocación se tratara [3] ni se puede decidir pertenecer a ella [4, 5].

- ¿Cuál es el futuro del feminismo?

Está condenado a ser ideológico y, por lo tanto –dentro de este paradigma- anticientífico puesto que sólo el machismo podría ser científico [7] ya que se basa en la biológica diferenciación de sexos para la reproducción. Es decir, la biología es ciencia y los estudios culturales (ya sea desde la antropología, la psicología, la etnometodología, la sociología, etc) no son científicos sino ideológicos [7, 9].

El feminismo, según el texto, se enfrenta a tres opciones excluyentes para continuar: dos utópicas (es decir, una doctrina o plan inalcanzable) y una verdadera (un hecho científico-biológico) [9]. La indiferencia sexual sin predominio de ninguno de los sexos (lo cual es imposible por razones científicas –biológicas- [10]); la derrocación de un sistema de opresión para sustituirlo por otro de signo opuesto (dado que si estas

opciones son excluyentes, la eliminación de un sistema opresor implica la creación de otro porque si no fuera así estaríamos frente a la primera opción. Esto tampoco es posible dentro de la ciencia [10]); el reconocimiento del hecho biológico de la diferenciación sexual y la competitividad reproductiva. Esto es lo único viable dentro del marco científico [10]. Esta última opción, la única científicamente viable, destruye el feminismo porque habría que calificarla de machista [10].

- ¿Cómo han imitado las mujeres a los hombres?

Al parecer, haciendo lo mismo que hacen ellos, creando un “vulgar movimiento político”, un movimiento ideológico confuso y sin destino [1, 10] como en tantas ocasiones han hecho los hombres.

Hay, además, algunas preguntas en este diálogo para las cuales no consigo oír respuestas en el texto, quizás porque no he logrado superar mis prejuicios y salvar la distancia temporal (en este caso más bien cultural), quizás porque las respuestas no están en el texto:

- ¿ Por qué la ausencia de predominio de ningún sexo es utópica? ¿Por qué implica indiferenciación sexual? ¿ Por qué no puede haber diferencia sexual en igualdad de derechos, sin predominio?

Intuyo que la respuesta tiene que ver con el desconocimiento/descalificación del valor de la cultura dentro del texto, por lo cual se asocia toda diferencia entre los sexos a causas biológicas. Se confunden conceptos como sexo y género: “(...) perfecta e inexorable distribución de la especie en géneros (...)” [2]. Se entiende el “devenir mujer” como un devenir biológico –destino- [2, 3, 4, 5] y no como un devenir cultural en tanto mujer femenina definida por el patriarcado –vocación-.

- ¿Qué es la “competitividad reproductiva”?

Aquí estoy aún más confusa: ¿quiere esto decir que, necesariamente, las mujeres debemos ser madres y en ello reside su ser mujer? ¿qué negarse a ello sería desconocer el valor de la biología e interrumpir la propagación de la especie? ¿qué las feministas promovemos el rechazo a la maternidad?

- ¿Por qué, según el texto, la biología avala el machismo?

¿Porque propone que las mujeres son meras reproductoras y que los machos deben inseminar a la mayor cantidad posible de ellas? “(...) la consagración de tendencias poligámicas en el macho para un mejor cumplimiento de aquella función.” [7].

- ¿No es disonante con el resto del texto que asegura que el machismo tiene sustento biológico, decir: “(...) la respectiva ideología para mantener la dominación (por ejemplo, hasta ahora la machista) (...)” [9]

La hermeneútica gadameriana nos propone aprehender los dichos de otro, sin necesariamente aprobarlos. Es inevitable, sin embargo, que se caiga en la tentación de evaluarlos y la idea, incluso, es ser invitado a una toma de posición favorable. No se trata de olvidar las propias opiniones, se trata, simplemente, de situarse en relación a

dicho sistema de opiniones. Así las cosas, he hecho el intento de interpretar y comprender el texto desde su sistema de opiniones, pero no me resisto, ahora, a presentar las mías y, de ese modo, mostrar mi desacuerdo con muchas de las opiniones del texto.

Ofreciendo la posibilidad de dialogar con un texto feminista.

He de partir diciendo que el texto anterior es, legítimamente, un texto que no intenta el diálogo con el feminismo:

1.- no evalúa sus propios prejuicios, sino que habla desde ellos. Así, no sólo no “escucha” al feminismo, sino que lo descalifica desde el principio evitando ubicarse en su sistema de opiniones.

2.- lo anterior es comprensible puesto que el texto desconoce también la hermenéutica gadameriana –no tendría por qué conocerla y está claro que su intento no es hermenéutico- que propone que es el objeto de estudio mismo el que determina su método de penetración. Por lo tanto, el método de las ciencias naturales – específicamente el de la biología- resulta inadecuado para la comprensión de un fenómeno cultural.

Crearemos, entonces, un texto en respuesta al anterior citando (por medio de los números usados en los párrafos del primer texto) las expresiones de dicho texto y contestándolas desde una mirada feminista:

[1] Las ideologías, y entre ellas el feminismo, no son creencias falsas carentes de razón. Son "la base de las representaciones sociales compartidas por un grupo" (Van Dijk 1999: 23). Este autor no considera que las ideologías se relacionen con creencias falsas, ya que dos posiciones opuestas –de las que se debiera pensar que una es falsa y otra verdadera a luz de la lógica- pueden ser consideradas ideológicas sin que se desprenda de esto una evaluación negativa. Así, el patriarcado es también, entre otras cosas, una ideología.

[2] Es cierto que el sexo primigenio es el femenino. Se ha experimentado quitando las gónadas a un embrión antes de la diferenciación sexual y el resultado, en estos casos, sea un embrión XX o XY es siempre femenino. Sin embargo, culturalmente, el femenino es el segundo sexo, el sexo despreciado, el sexo que no es lo perfecto, lo Uno: varón. Es en este sentido, en el sentido cultural, que tanto se deviene hombre como mujer, puesto que ello es una construcción social y no un determinismo biológico.

La especie humana, biológicamente, no se distribuye en géneros, sino en sexos; es la cultura humana la que se distribuye en géneros (más de dos, incluso).

[3] En el mismo terreno cultural, de construcción social, ser mujer, femenina, tradicionalmente mujer, es una vocación y no un destino. Hay, hoy, muchas mujeres que, a la luz del patriarcado, no son “suficientemente mujeres” y tampoco quieren serlo.

[7] Feminismo no es lo opuesto a machismo. Este es un error lingüístico muy habitual. Lo opuesto al machismo sería el hembrismo, un movimiento por la superioridad de las mujeres y la opresión de los hombres que, menos mal, no existe.

Ni machismo ni feminismo se fundamentan en la biología, están en otro dominio, el cultural, no el biológico.

[8] Las relaciones hombre/mujer pueden ser “neutras”, sin dominación si por dominación entendemos la estabilidad y generalización de los papeles de opresor(a)/oprimido/a. En relaciones igualitarias no existe ausencia de poder, sino que el poder está en equilibrio móvil y no es opresor.

Si hay predominio de un sexo no es por razones biológicas sino, culturales. De hecho, biológicamente, el predominio “natural”, como muy bien apunta el texto anterior, podría ser femenino puesto que es el sexo de base, nacen más mujeres, sobreviven más tiempo y podrían controlar la natalidad por medio de abortos selectivos, reforzando la natural tendencia al mayor número de nacimientos femeninos. Dado que un varón puede inseminar a varias mujeres en breve plazo, el número necesario de hombres para la reproducción de la especie podría ser muy reducido –sin considerar los avances científicos que, tal vez, los hicieran hasta innecesarios para la reproducción-. Este imaginario, creo, es la base del temor patriarcal a la pérdida de control sobre las mujeres: la leyenda de las Amazonas.

[9] Por supuesto, el actual predominio masculino es producto de una “conspiración”, aun si los hombres de hoy se benefician (y se dañan) pasivamente de ella. Por otra parte, la propuesta del feminismo (o de varios de los feminismos) es diferente de las tres que el anterior texto plantea, es la igualdad de derechos de los géneros y el derecho a la diversidad entre personas más allá de si es hombre o mujer.

[11] Si “ellas tomaran el poder”, entendido como abuso de poder estamos de acuerdo, todo seguiría igual. Lo que queremos las feministas no es esta forma de poder, sino su ausencia en las relaciones, o su redefinición. El abuso de poder sólo es posible en la lógica patriarcal de la pertenencia y la posesión. En igualdad, el poder sería reemplazado por la autoridad que se obtiene del respeto y no de la fuerza ni de infundir temor.

Conclusiones.

El diálogo es posible de acuerdo al significado gadameriano del mismo: preguntar, “oir” las respuestas, evaluar los propios prejuicios para crear nuevas preguntas, comprender (que no, necesariamente, aceptar). Si bien, el texto citado no lo hace, “el patriarcado” podría hacer el mismo ejercicio. Aún así, diálogo en el sentido que tiene en el habla cotidiana –no hermeneútica-, es decir, interacción en la búsqueda de acuerdos, es muy difícil que exista mientras el patriarcado no se reconozca a sí mismo como tradición en lugar de verdad absoluta basada en “lo natural”.

Bibliografía

Bosch, E. Ferrer, V. Gili, M (1999) : Historia de la misoginia. Palma de Mallorca: Anthropos

- Cucchiari, S. (1996) : La revolución de género y la transición de la horda bisexual a la banda patrilocal: los orígenes de la jerarquía de género. En Lamas, M. El género. La construcción cultural de la diferencia sexual. México: UNAM/PUEG
- Gadamer, H.G. (1999) : Verdad y Método I. Salamanca: Sígueme
- Gadamer, H.G. (2000) : El problema de la conciencia histórica. Madrid: Tecnos
- Montencinos, R. (1998) : Cambio cultural y crisis en la identidad masculina. En Bourdieu, Hernández y Montencinos "La Masculinidad. Aspectos sociales y culturales" Ecuador: Abya-Yala.
- Rubin, G. (2003) : El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. En Lamas, M.(2003) El género. La construcción cultural de la diferencia sexual. México: UNAM/PUEG
- Sau, V. (2000) : Diccionario ideológico feminista. Barcelona: Icaria
- Van Dijk, T. (1999) : Ideología. Una aproximación multidisciplinaria. Barcelona. Gedisa
- Vendrell Ferré, J. (2003) : Del cuerpo sin atributos al sujeto sexual: sobre la construcción de los "seres sexuales". En Guash, O. y Viñuales, O. Sexualidades. Diversidad y control social. Barcelona: Bellaterra

Otros textos revisados:

- Gadamer, H. G. (1998) : El giro hermeneúico. Madrid: Cátedra
- Maturana, H. Verden-Zöller, G (1993) : Amor y Juego. Fundamentos olvidados de lo humano. Desde el patriarcado a la democracia. Santiago: Instituto de Terapia Cognitiva
-

ⁱⁱ⁾ Utilizo el término "desigual" como opuesto a "igual" apuntando así a necesidades, derechos, oportunidades, etc. El término "diferencia" no tiene la misma connotación de falta de equidad que el término "desigualdad".